

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 82 AÑO 2012

TEMA 3.5: LOHENGRIN

TITULO: **TENTATIVA DE UN CUENTO PARA NIÑOS**

AUTOR: *Arthur Seidl*

**Del Primer Tomo de “Wagneriana” del Prof. Atrhur Seidl. (Schuster & Loeffler ,
Berlín)**

Érase una vez ... lejos, lejos, fuera, sobre el gran Océano se encontraba un soleado monte. Grandes cisnes, blancos como la nieve, volaban suaves y silenciosos por su entorno. Sobre sus peñascos se había construido un bello y esplendoroso castillo de amplias salas, altas columnas y poderosas torres que se elevaban hasta el azul del cielo, resplandeciendo a la luz del sol sus doradas almenas. Sólo personas puras de recta conciencia podían encontrar, entre los salvajes precipicios, el camino del castillo... para las malas personas permanecía inaccesible, se perdían y muchas caían en los abismos y barrancos donde angustiadas y destrozadas se malograban. Allí tampoco sufrían ningún mal los animales, no se les podía matar en la augusta paz del bosque. El monte se llamaba Montsalvat y el castillo era el Castillo del Gral, el santuario que custodiaba el Sagrado Gral ... el precioso cáliz de esmeralda en el cual José de Arimatea recogió la sangre que manaba del Salvador en la cruz. Cada año bajaba volando desde el cielo una blanca paloma, se introducía entre las grandes torres del templo llegaba hasta el Sagrado Vaso que resplandecía luminoso y depositaba dentro del cáliz una oblea que llevaba en el pico. Esto fortalecía a los hombres encargados del servicio del Gral. Los congregados allí no necesitaban comer ni beber otra cosa para conseguir fuerzas con las que realizar sus buenas obras.

Un apacible soberano llamado Parsifal reinaba allí y sus vasallos eran nobles caballeros de blancas capas y relucientes armaduras de plata. De vez en cuando resonaba en el Castillo del Gral una lejana llamada de auxilio, entonces uno de los caballeros era enviado, sobre las olas del mar, hacia el lejano país para combatir a los malvados, proteger las inocentes mujeres, los niños abandonados y con sus buenos ejemplos guiar al pueblo hacia lo venturoso. Mientras permanecían allí, puros y fieles,

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
Http://www.associaciowagneriana.com info@associaciowagneriana.com

ningún enemigo podía dañarles, eran inmunes a cualquier herida. Lo único era que no se les podía preguntar de donde venían ni quienes eran ya que entonces debían partir de nuevo, regresar a su Reino Sagrado del Gral, dejando a los hombres en manos de su destino sin poderles prestar ayuda.

Por aquel entonces en el país de Brabante había muerto el Duque. Él tenía como herederos un pequeño hijo y Elsa una bella y joven hija, los dos habían perdido ya a su madrecita. Pero en el país vivía una cruel y mala hechicera: la señora Ortrud esposa del Conde Telramund que poseía algún derecho para acceder al trono del Duque. La señora Ortrud era una mujer muy ambiciosa y no quería que el niño Gottfried reinase sobre el país de Brabante. Así, un día convirtió al pequeño príncipe en un cisne que partió nadando, desapareciendo de la vista de los suyos. Entonces Ortrud acusó ante todo el pueblo a la inocente Elsa de que queriendo apartar de su lado al hermanito le había matado para ser ella la Duquesa del país.

Cuando esta noticia llegó a oídos del Rey Enrique se dirigió de inmediato al reino de Brabante para juzgar que había de verdad en todo el asunto. Reunió a todo el pueblo bajo un viejo roble, a orillas del río que corría por el país. Convocó también a la afligida Elsa, a sus damas y al conde Telramund que era el que había presentado la grave acusación contra Elsa, basándose en lo que su pérfida esposa le había confiado. El Rey que no tardó en ver que la dulce Elsa no podía haber sido capaz de realizar un tan atroz crimen, le preguntó con calma: “Di Elsa, ¿qué debes comunicarme? Podrás nombrar a un caballero que luchando contra el conde Telramund defienda tus derechos y pruebe tu inocencia. Entonces la desdichada doncella exclamó bañada en amargas lágrimas: “¡Cielo ayúdame! ¡Es una cruel calumnia la que se dice de mí! Desearía tanto saber qué desgracia le ha sucedido a mi hermano, por el que he llorado durante días y noches. Espero que ante mi dolor el buen Dios se encuentre a mi lado, confío en Él ya que por mi ferviente plegaria me ha mostrado en sueños un audaz caballero que deberá ser mi protector y mi campeón, que demostrará claramente mi inocencia.” “Muy bien” dijo el justo Rey, e inmediatamente dio orden de preparar la lucha, y bondadoso cogió de la mano a Elsa y la acompañó a un asiento cercano al suyo ya que compadecía su profundo dolor.

Apareció el heraldo, con sus cuatro trompeteros de bordados jubones, para lanzar la llamada al desconocido caballero que con su noble espada defendería a la

acusada protegiendo su inocencia contra sus difamadores. Después que los trompeteros lanzasen sus llamadas a los cuatro vientos el heraldo, golpeando el suelo tres veces con su dorado bastón, con voz potente, para poder ser oída hasta en los más lejanos lugares, anunció: “¡Quien se presente a favor de Elsa de Brabante dé un paso al frente ... un paso al frente!” Dos veces se había anunciado ya este pregón sin que nadie entre la multitud se adelantase, nadie diese muestras de acudir en ayuda de la doncella. Elsa y sus damas habían caído de rodillas en ferviente oración. El conde Telramund y su malvada esposa lanzaban miradas victoriosas. Todos los presentes, y hasta el mismo Rey, que tan a gusto había protegido a Elsa, daban ya la causa por perdida. Ahora bien, la clara y potente llamada, cruzando el espacio, había llegado al lejano castillo del Gral. Al repetirla por tercera vez, se perdió toda esperanza y la gente temerosa susurró: “Ante tal silencio sólo Dios podrá ser el Juez ... finalmente Elsa será culpable.” Entonces, súbitamente, desde las más alejadas filas se escuchó un penetrante grito: “¡Milagro, milagro, increíble y extraordinario milagro! ¡Algo aparece en el río!” Todos miraron hacia el lugar indicado, y sorpresa, en la corriente, todavía lejana pero cada vez más y más cerca, pudo verse, arrastrada por un cisne con una cadena de oro, una preciosa navecilla en la cual se erguía gallardo un majestuoso y hermoso caballero de armadura plateada y resplandeciente casco emplumado sobre sus dorados cabellos. Esplendoroso y brillante causaba un fascinante embeleso. Lento y majestuoso, se acercaba cada vez más a la orilla donde la gente esperaba expectante su llegada. Al bajar de la nave acarició con su mano el cuello del cisne, puso un poco de azúcar en su rojo pico y le dijo con ternura: “¡Adiós mi querido buen cisne! Regresa de nuevo, surcando el mar, a nuestra feliz patria, saluda de mi parte al Padre y también a los hermanos, yo permaneceré aquí para cumplir mi elevado deber, luchando para salvar derecho y honor a la doncella injustamente acusada. Sabed”, dijo volviéndose al pueblo, mientras el cisne emprendía su viaje de regreso a la patria, “que libre de toda culpa está Elsa de Brabante. Para ser testigo de tal cosa es por lo que Dios me ha mandado aquí.” Todos respiraron aliviados cuando el augusto caballero se acercó al Rey, se inclinó ante él en silencio y con altivo orgullo saludó a los habitantes del país. Antes de disponerse a la lucha se acercó a Elsa a la que reconoció en seguida a pesar de no haberla visto nunca: “Habla Elsa, ¿Me confías tu protección? ¿Y si venzo en la lucha querrás que sea tu esposo?” Elsa embargada de ale-

gría se lanzó a sus pies: “¡Mi héroe, mi salvador, te entrego todo cuanto soy!” Entonces él manifestó un riguroso mandato: “Elsa, nunca deberás preguntar por mi nombre, mi origen, mi patria. Debes creerme un enviado de Dios. En este caso nada podrá separarnos.” Elsa, ante todo el pueblo, se lo prometió dos veces, entonces el extranjero añadió: “Si rompes esta promesa, cosa que Dios no permita, deberé separarme en seguida de ti. Pero si sigues, bondadosa y fiel, sin hacer nunca la prohibida pregunta, tras mantener la lucha en tu defensa, me convertiré en tu esposo y siempre te protegeré, cuidaré de tu casa y gustoso conduciré a tu pueblo hacia lo recto para que no sea engañado por un mal cabecilla.” Esta fue una referencia a Telramund y a Ortrud, los malditos, los miró con la llameante fuerza de su noble cólera, ante lo cual ellos palidieron. La cercanía del caballero tan inesperadamente enviado, con su tan peculiar presencia, le hizo presentir a Telramund su sagrado origen, por lo tanto pensó que era mejor renunciar a tiempo a tan disparatada lucha que seguramente sería su perdición; él por lo demás era un caballero valiente y sin defecto pero ante tan luminosa aparición se sintió internamente inquieto. Pero la salvaje arpía Ortrud había susurrado con insistencia en su oído que debía defenderla de la dura afrenta que se le había hecho. Así finalmente, a pesar de todo, arrogante y desafiante decidió presentarse. Inmediatamente cruzaron sus espadas, pero la lucha duró poco. Ante el inviolable caballero, cuyos golpes y estocadas eran certeros, pronto el conde Telramund quedó tendido en el suelo. Podría haberlo matado con su espada, pero compasivo le dijo, poniendo el pie encima del caído como única prueba de su victoria: “Te perdono la vida que tengo en mis manos, empléala en mejorarte.” Fue grande el júbilo de los presentes ...menos para la venenosa esposa del abatido, aquella pérfida Ortrud que nunca sería capaz de perdonarle. El mismo rey bajó del trono y tendió su derecha, en gesto amistoso, al caballero. Elsa, conmovida, se lanzó al cuello de su salvador. El pueblo les aclamó jubiloso, les arrojaron flores y los caballeros entusiasmados golpearon los escudos con sus espadas. Finalmente algunos levantaron la nueva pareja sobre un escudo y les llevaron en triunfo hasta el Palacio Ducal. Allí se celebró la llegada del héroe con un gran banquete, y a la mañana siguiente se dirigieron en espléndida comitiva del Palacio a la Catedral donde Elsa se casaría con su caballero. Como dicho caballero no podía decir su nombre y humilde tampoco quería nombrarse Duque, anunció al pueblo que debían saludarle como “Protector de Brabante”.

Ya en la oscuridad de la noche anterior, la obstinada Ortrud había hecho amargos reproches a su esposo, al cual el rey había expulsado de la Corte y desterrado del país, culpándole de haberse dejado engañar tan fácilmente por un vil hechicero y por no haber defendido el honor de su esposa.. Todo el mágico hechizo del hombre extranjero le podría haber sido arrebatado con sólo arrancarle la más pequeña parte de su mano. El Conde Telramund sintiéndose avergonzado ante su mujer por la rotunda derrota, le juró por todos los santos del cielo que tomaría sangrienta venganza de su vencedor. ¡Quería volver a ser señor de si mismo! Mientras, la intrigante Ortrud, agazapada en los escalones del palacio bajo los aposentos de Elsa, cubriendo su profundo dolor con una oscura capa, mantenía en su corazón el dolor de su infortunio. Al salir Elsa al balcón escuchó las quejas y mandó a sus servidoras que averiguasen de quien procedían. Le dijeron que eran de la esposa de Telramund que se encontraba bajo su ventana bañada en lágrimas, desconsolada, casi consumida por la pena, y el bondadoso corazón de Elsa, que ya había perdonado los agravios de la mala mujer, se compadeció de su salvaje dolor. Ingenua, la hizo entrar en la casa para calmar su pena con dulces palabras. Precisamente esto es lo que la astuta Ortrud había previsto ... quería ser admitida en la casa y con toda clase de artimañas introducir en la pura alma de Elsa su malvada influencia. Así que se encontró dentro empezó, suave y precavida, a aconsejar como un cálido corazón amigo a la joven doncella: ¿Cómo podía aceptar convertir en su esposo a un desconocido al que ni tan siquiera podía preguntarle el nombre? ¿Qué clase de amor sería el que no le permitiera ni por una sola vez ser capaz de pronunciar cariñosamente el nombre del propio esposo?, y así otras parecidas sugerencias. El corazón de Elsa era demasiado débil para poder resistir serena durante mucho tiempo. Pronto empezó a dudar que todo estuviese en orden entre ella y su esposo. Le asaltaron terribles dudas, y más tarde en una maravillosa noche de luna en la que descansaba recostada junto a él no pudo resistir pronunciar la prohibida pregunta: “Por favor, por favor querido esposo” rogó “me consumo de dolorosa angustia por saber quien eres y como te llamas. Dime quién eres y como te llamas. Dime ahora tu nombre para que pueda pronunciarlo amorosa y no tema que un día el cisne pueda llevarte de nuevo.”

Justo al salir de su boca estas imprudentes palabras se abrió bruscamente la puerta del aposento y se precipitó en su interior, acompañado por cuatro sospecho-

sos camaradas, el arrogante conde Telramund, cubierto con una capa negra, ya que a pesar de la prohibición real permanecía todavía en el país, y con la espada en la mano se precipitó sobre el “Protector de Brabante”. Con un único, potente y seguro sablazo el esposo de Elsa dejó a su atacante muerto, tendido en el suelo, de manera que el resto de conjurados ante tal muestra de fuerza huyeron rápidamente. Después que todo hubo sucedido, el esposo con rostro dolorido, se volvió hacia su compungida esposa que había presenciado temerosa el ataque, y que sin osar mirarle directamente a los ojos, ya arrepentida, quería cambiar su postura. Pero para esto era demasiado tarde. Colocando la mano sobre su ondulado y rubio cabello, mirándola largamente a los ojos habló lleno de dolor: “¡Ay Elsa, mi amada esposa! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Qué maldita coacción te ha llevado a destruir de manera tan terrible nuestra joven felicidad?” Acto seguido llamó a sus damas para que la vistieran y la condujesen ante el Rey en el mismo lugar donde la vio por primera vez, para allí aclararlo todo.

Así, a la mañana siguiente se encontraron en el mismo lugar de la llegada del cisne. Allí estaban de nuevo reunidos, el Rey, su séquito, sus servidores y todo el pueblo de Brabante ya que había llegado la noticia que el enemigo con armas de guerra se acercaba a sus fronteras para atacar y devastar el reino. Allí debían decidirse las medidas a tomar para evitar la catástrofe. Allí fue conducida también Elsa, y hasta Ortrud apareció furtivamente ocultándose en un cercano recodo. Esta vez sólo faltaba el conde Telramund, en su lugar colocaron ante el Rey un negro ataúd.

Al fin apareció el caballero, primero saludó con nobleza al Rey y declaró tranquilo y sereno: “Esta noche he matado al conde Telramund quien intentó atentar contra mi vida. Lo hice en legítima defensa, decidid si perdonáis mi culpa.” “Habéis hecho lo debido”, afirmó el Rey. Continuó el caballero: “Ahora debo comunicaros una penosa noticia: Elsa, mi querida esposa, no ha mantenido su promesa. Así, nobles de Brabante, no puedo permanecer aquí como vuestro protector ya que según nuestros estrictos preceptos a los caballeros mandados por Dios no se les puede preguntar ni quienes son ni de donde vienen. Ahora pues debo deciros lo que de otra manera habríais sabido al cabo de los años: fui enviado desde el sagrado y venerado Reino del Gral donde mi padre Parsifal reina con dignidad y honor, yo su hijo, llevo por nombre Lohengrin. Mirad, para devolver a casa al rezagado del Gral, este manda ya, nave-

gando por el río el cisne con su navecilla..” Grande fue la consternación de todos los que escucharon tal cosa y la pobre Elsa cayó fulminada en un profundo desvanecimiento. Sólo Ortrud se alegró ante el dolor ajeno, se sentía triunfadora y victoriosa. Cuando Lohengrin advirtió tal cosa lamentó tener que dejar tan sola a su esposa y también al pueblo de Brabante que tendría que marchar a la guerra sin un caudillo. Rápidamente se hincó de rodillas junto a la orilla y sumido en ferviente oración rogó que el Gral mandase a través de las aguas el cisne en el que Ortrud había convertido al joven Duque Gottfried hermano de Elsa, para sacarle de su hechizo y dejarle de nuevo con vida como protector del pueblo. Al empezar su oración apareció una luz cegadora y una blanca paloma descendió del cielo permaneciendo sobre su cabeza. Entonces soltó la cadena que unía el cisne a la nave y puso en su lugar la paloma, subió a la navecilla y partió lentamente lanzando una triste mirada a la desvanecida Elsa. El cisne se hundió rápidamente en las aguas y en su lugar apareció, subiendo a la orilla, el joven Duque Gottfried que durante tanto tiempo habían encontrado a faltar en Brabante. El pueblo le saludó con júbilo como su legítimo señor. El que se había creído perdido, tras su gozoso reencuentro, se dirigió de inmediato a su hermana que justamente acababa de abrir los ojos, e intentó consolarla dulcemente con su presencia. Por otra parte Ortrud horrorizada ante la evidencia de su delito, cayó muerta al suelo.

Pronto partió el Joven Gottfried a la cabeza de su ejército para luchar contra el enemigo; y regresó a su país valiente y vencedor para regirlo bajo su mando.

Elsa vivió todavía muchos, muchos años. Rechazó sus pretendientes, y se dedicó a enseñar a los niños de su país a portarse como es debido, a cumplir siempre sus promesas y nunca preguntar “¿por qué?” a sus padres cuando estos les mandaran algo. También alimentaba diariamente, con apacible cariño, los blancos cisnes de los ríos de su país, los acariciaba y esperaba en su interior que uno de ellos le devolviera nuevamente a su esposo. Pero un día murió sin que tal cosa hubiese sucedido. Ahora bien, cuando quedó dormida llegó desde lejos un grande y fuerte cisne, esta vez con la plateada navecilla vacía y esperó paciente hasta que el féretro en el cual se encontraba ella rodeada de flores, con los ojos cerrados como sumida en un profundo sueño, fuese depositado en la navecilla. Entonces empezó a navegar lentamente desapareciendo silencioso con su preciosa carga hacia el lejano, desconocido,

fabuloso país, hacia el monte rodeado de mar, el Reino del Gral donde se encontraba su señor el noble Caballero del Cisne: Lohengrin. Al llegar allí, descendió del cielo envuelta en una luz plateada la sagrada paloma, se situó sobre los ojos de Elsa que ante el luminoso rayo volvieron a la vida. Así finalmente pudo permanecer unida para siempre al esposo, y hoy sigue viviendo feliz a su lado ... en el bello país de fábula.

Traducción: Rosa Maria Safont